

CRÓNICA DE UNA NOSTALGIA (SEMBLANZA EN UN RECUERDO)

Luis Alonso Luengo (†)



El texto que sigue nos ha sido facilitado por José María García Álvarez, cepedano de Vega de Magaz que ha colaborado en otros números de esta revista. José María ha dedicado mucho tiempo de los últimos años a la investigación del pasado de su pueblo y de la Cepeda en general; pero también a resaltar la labor de algunos personajes destacados de su comarca con los que comparte parentesco. Entre ellos su abuelo Felipe García Álvarez y su tío Bernardo García González, hijo del anterior, sobre los que ha escrito sendos libros.

El apoyo económico de uno de los dos parientes de José María García que acabamos de citar, en concreto Bernardo García González, fue decisivo para que se pudiera crear la Casa de León en Madrid, en 1952. Una Casa que estuvo ubicada inicialmente en la calle Recoletos, y, desde 1958 hasta hoy, en la calle del Pez. El nombre de Bernardo García está, pues, muy vinculado a los orígenes de la Casa de León madrileña. Pero no sólo el suyo. Eran necesarias la persistencia, la perseverancia, el entusiasmo y, sobre todo, el profundo amor por su tierra de él y de otros leoneses, para que el sueño de crear una Casa de León en Madrid pudiera realizarse. Entre ellos hay que citar, cómo no, a Luis Alonso Luengo.

Luis Alonso, como es sabido, nació en Astorga en 1907, pero por cuestiones laborales vivió en Madrid desde los años cuarenta hasta su muerte, en 2003. Sin embargo, no perdió nunca la relación con su tierra, a la que volvió siempre que tuvo ocasión y a la que dedicó la mayor parte de sus habilidades literarias, escribiendo varios libros relacionados con ella. Con la comarca cepedana, vecina de Astorga, también estuvo muy vinculado, sobre todo de niño, ya que su abuelo tenía una casa en Vega de Magaz donde él pasaba los veranos.

Quizá por esas tres razones –buena pluma, dedicada generalmente, como decíamos, a ensalzar Astorga y sus comarcas; gran relación con la Casa de León; y fuertes lazos afectivos con la Cepeda y, especialmente, con Vega de Magaz– fue el encargado de escribir un discurso para un homenaje de la Casa de León a Bernardo García. Real-

mente, a Bernardo García la Casa de León le tributó, que sepamos, dos homenajes: uno con motivo de su nombramiento como Presidente de Honor de la Casa, en 1963; y otro después de recibir la gran cruz del mérito civil, en 1971. El discurso que reproducimos después de estas líneas parece que fue escrito para el homenaje de 1963 aunque probablemente Luis Alonso Luengo no llegó a leerlo entonces. Pero este dato no tiene mucha importancia; lo relevante es que es un texto nunca publicado que podemos ofrecer a nuestros lectores.

El original fue escrito a máquina y llegó a las manos de José María García Álvarez hace algún tiempo, y, como decíamos al principio, ha tenido la amabilidad de facilitárnoslo para reproducirlo en este número de la revista. Estamos convencidos de que los lectores disfrutarán mucho con su lectura, porque Luis Alonso escribe muy bien y, además, porque incluye recuerdos muy emotivos de su niñez en Vega de Magaz. La referencia a las habilidades empresariales de Bernardo García le da pie asimismo para hablar de otros personajes históricos relacionados con Astorga y sus comarcas, también importantes hombres de empresa. Concretamente, el relojero Losada y el maragato Cordero.

Esperamos que les guste.

Muchas veces nos hemos formulado el interrogante: ¿cuál será el contenido vital, la esencia psicológica, de ese ser humano que, en el mundo actual, hemos dado en denominar hombre de negocios? Promotor, con su actividad, de otras humanas actividades; alumbrador de los puntos neurálgicos donde la riqueza potencial es apta para transformarse en riqueza real; tensor de fuerte impulso primero, y de clara organización conjuntadora después en orden a la puesta en marcha de unos recursos que, latentes en la tierra, pa-

san, así, de estado de naturaleza a estado de historia. Si quisiéramos reducir a un común denominador las varias, las dispares, las contradictorias contexturas de los hombres de negocios, quizá ninguna rúbrica mejor que aquella que Rubén Darío aplicó a Roosevelt el Grande: “profesor de energía”.

Energía arrolladora, fascinadora, la que nutre de contenido a la mentalidad de los hombres de negocios. En unos –digamos, los menos– con ímpetu desligado de toda traba, con empuje apátrida de universal osadía, sin anclaje en predios físicos o históricos de nacerencia o de adopción, ni en predios morales de comunión de almas; en otros sujeta su raíz a tierras maternas, posada su arboladura en las almas circundantes, anclado su afán en la función social de descubrir y accionar para el común los mejores hontanares de la naturaleza hecha espíritu.

Profesor de energía enraizado en nuestra tierra de León, sincronizado en la comunión de las almas leonesas –y astorganas– que en este momento, y también de modo permanente la Casa de León representa en Madrid: he aquí a uno de nuestros más caracterizados hombres de negocio: Bernardo García González.



Hall de la Casa de León en la sede de la calle del Pez, en Madrid.

No vamos a diseñar la línea entera, el proceso dinámico de su larga y densa biografía. Preferimos para mejor sentir su figura, para mejor captar su vitalismo, estilizarlo en estampa, fijarlo estático en un momento lejano –y por ello, con hondo relieve de perspectiva– del vivir de Bernardo: un momento que, por entrañable azar conserva el álbum de nostalgias familiares de mi niñez.

Muchas veces hemos intentado tomar la pluma para contar la vida de dos hombres de negocios de nuestra tierra, que nacieron y vivieron en días de fiebre romántica y que siempre nos han apasionado: el relojero Losada y el maragato Alonso Cordero. Y otras tantas hemos decidido siempre que si alguna vez hemos de componer sus semblanzas literarias no acudiremos, por lo que se refiere a Losada a ninguno de sus aventureros acontecimientos: ni a su huida del pue-

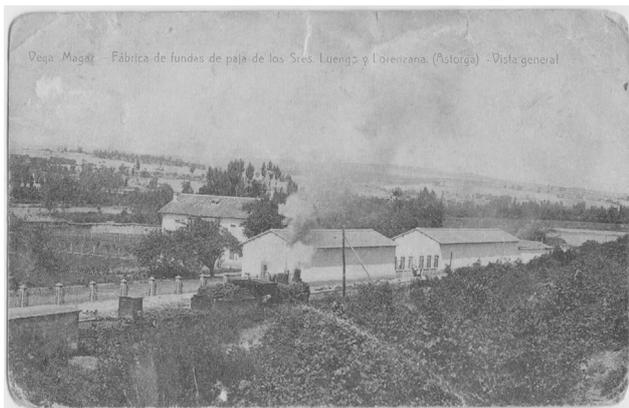
blecito de Iruela, arrebujaado entre la nieve del Teleno, tras la paliza aquella del amo cuando, pastorcillo, se le perdió el ternero en el monte; ni a sus horas de misterioso conspirador en Madrid con la movida escena del superintendente Zorrilla burlado y furibundo; ni a su triunfo en Londres con la invención de los modernos cronómetros; ni a su tertulia del Habla Española –ya en su época de gran negociante y gran señor– donde Prim y Rozas dialogaban con el poeta Zorrilla que componía para él su leyenda –la Repetición de Losada–; ni a sus supersticiones que le hacían construir sus relojes bajo el signo de las estrellas del amigo a quien se los dedicaba, sino a aquella escena mínima que cuenta don Matías Rodríguez de su llegada a Astorga con el cargamento de un reloj de torre para su pueblo natal de Iruela *al que quería igualar con Madrid cuyo reloj de la Puerta del Sol él había regalado* y a cuyo pueblo no pudo llegar porque no existía otro camino que el de las cabras, imposible para su vejez; aquella estampa de su triste desilusión al tenerse que volver para Londres –envuelto en su paletó, tosiendo y gritando por el frío de Astorga– donde dejó su reloj que nunca pudo ser llevado a Iruela ya que muerto Losada sus herederos ingleses avaramente lo reclamaron.

Y por lo que atañe al maragato Alonso Cordero tampoco nos referiríamos –al componer su semblanza– ni a aquel su gesto espectacular de hacer saltar la Lotería Nacional para alzar en la Puerta del Sol –sobre el solar del viejo Mentidero de San Felipe– el edificio comercial a la sazón más importante y serio del país; ni a sus bulliciosas andanzas de político liberal que llevaron su nombre al famoso calendario de Santos Laicos; ni a la organización inteligentísima de la Arriería de Postas y Viajeros que, por su iniciativa, complementado la de carga, puso en manos de los maragatos el control de los transportes del Noroeste español, sino en el tesón y la ternura que puso en conseguir que el epicentro de aquella ejemplar organización, y el arranque y el final de cada ruta fuera –a despecho de las exigencias de los centros más importantes de tráfico y población– su pueblo natal de Santiagomillas, donde alzó, en piedra neoclásica, el gran edificio clave del sistema comercial, por cuyos patios, por cuyos corredores, con el diseño nevado del Teleno al fondo, su alto perfil con bragas y cinto de colorines se presenta aún hoy, para nuestra imaginación, con toda la energía de su gesto hecho sombra traslúcida e índice señalando caminos.

Pues de similar manera, para trazar la semblanza psicológica de este nuestro profesor de energía de hoy, Bernardo García, no hemos de detenernos ni en la consideración de sus múltiples realizaciones de industrias textiles o papeleras, ni en la de sus explota-

ciones mineras o de transportes; ni en la de sus flotas balleneras; ni en la de sus actividades bancarias o de la construcción, sino, como ya antes os dije, en el leve diseño de una lejana estampa que tiene los pequeños y deliciosos matices de la intimidad y la ternura.

Fue hace ya muchos años, en el pueblecito de Vega de Magaz, refugio de nuestros veraneos infantiles, en aquella casona de piedra de nuestro abuelo Luis que tenía grandes estancias con chimeneas isabelinas y una enorme águila disecada en comedor de encristalada galería abierta sobre la vega, entre el monte y el río.



Antigua tarjeta postal de la fábrica del abuelo de Luis Alonso Luengo en Vega de Magaz.

Ya en otras ocasiones nos hemos formulado esta pregunta: ¿por qué el más enternecedor de los recuerdos de entonces es, para nosotros, el de aquella maquineta de vapor que desde la galería veíamos en la pequeña estación cuando jadeaba humeante, trayendo y llevando, del muelle a las agujas y de las agujas al andén, vagones cargados de patatas, de alubias, o de abono mineral? Era aquella vieja locomotora de maniobras, como un adorable amigo que nos asombraba con el prestigio de su nombre: se llamaba nada menos que *Cervantes*. (Sabed que los días de su nacimiento habían sido aquellos en que aún se humanizaba las máquinas en una especie de entrañable transmigración, que les daba el nombre, porque la técnica no quería desprenderse totalmente del espíritu.) Y así, nuestra maquineta, ostentaba orgullosa su nombre en un letrero de bronce dorado que colgaba de su caldera como un indiano colgara del opulento viento su deslumbrante leontina. Y era de ver el amor con que el fogueo bruñía, a golpe de bayeta, el oro de sus letras, echándole el aliento para mejor abrillantarlos, mientras a los chicos, que asombrados le contemplábamos, nos sonreía orgulloso de su función, bajo el tizne con sus dientes blancos de improvisado negrito.

Era cierto que cuando, por la vía principal, pasaba trepidante como una centella, arrollándolo todo,

el exprés de Galicia sin detenerse en la estación –tan minúscula era entonces la importancia de aquel rincón–, nos encogíamos ante el gigantesco mugido, pero lo era también que, enseguida, cuando, pasado el fragor, oíamos de nuevo el silencio, era el gracioso pitido, casi infantil de la *Cervantes* el que –como el canto agudo del mirlo entre los chopos– nos reintegraba a la bella realidad de aquel rincón.

Porque nuestra locomotora, yendo y viniendo en maniobras, era como la aguja que hilvanaba sobre el tapiz del risueño paisaje –aquella tarjeta postal hecha de un río pequeñito y frondoso de frías espumas y de un monte súbito que cortaba vertical el horizonte con chaparros, robles y plantaciones de pequeños pinos–; era digo, la aguja que enhebraba los tipos que lo humanizaban: el del señor Juan, el cachazudo y grueso guardagujas de pausada habla gallega; el de don Cándido, el jefe de Estación, pequeñito, vibrante sus bigotes que se atusaba nervioso mientras alzaba la roja banderola al viento; el de don Pío, el coadjutor –Vega Magaz no tenía aún la categoría de Parroquia–, cuya descolorida sotana no cubría los pantalones de pana sobre sus botas campesinas; el de don Eduardo, el arcipreste de Zacos, que encorvada su figura ganchuda sobre el caballo, la escopeta en el arzón, venía a jugar al tresillo con mi abuelo Luis; el de don Florentino, alta y silenciosa estampa de Quijote pedagogo, o alargado perfil de caballero del Greco; el del señor Felipe, el padre de Bernardo, que parecía desparramar su horizontal humanidad desde su desabrochada chaqueta, y que nos tenía en vilo cuando, a golpe de gubia, allá en su trastienda o en su patio, se iluminaba al hacer brotar de viejos troncos primorosas obras de arte.

Y sobre todo, el diseño huidizo, inquieto –qué difícil de sujetar para el hilván– de un joven alto, casi atlético, de andar remero y de fuerte pisar, a veces con aire ligeramente abstraído, que tenía la condición de estar en todos los sitios a un tiempo y que, dando la sensación de reposo en el seguro mover de sus manos, que parecía poner en todo contención, era en el fondo pura esencia de inquieto movimiento.

Porque habéis de saber que el rodar de aquella maquineta, que el hecho de que ella ya no diera abasto al creciente llevar y traer de mercancías y el de que tuviera que venir a echarle una mano otra que se llamaba nada menos que *Cisneros*, se debía principalmente a la iniciativa y al ímpetu, tranquilo en apariencia pero tempestuoso de fiebre organizadora en su interior, de Bernardo García.

Yo tengo en el trasfondo de mis reminiscencias la evolución vertiginosa que ante nuestros ojos infantiles se operó en aquellos años en el rincón de la Cepe-da. Y la clara sensación de que su impulso primario

procedía de aquella huidiza y juvenil figura. Yo tengo como algo tangible la visión de aquel transformarse de unos campos centenales en ubérrimos patatales gracias a la ordenada introducción de semillas fertilizantes y maquinaria agrícola, a pagar en largos plazos y con los beneficios de las, así, multiplicadas cosechas mediante un sistema que Bernardo ideó. Yo he visto, como consecuencia, irse sustituyendo las viviendas de techo de paja por cómodas mansiones de piedra y ladrillo. Yo asistí a la transformación del candil y del quinqué que alumbraron la lectura veraniega de nuestros primeros tebeos –y que eran la pincelada de fuego en el humeante aquelarre de las cocinas cepedanas–, en el deslumbramientos de la luz eléctrica que va iluminando casas y calles gracias a la central de Zacos que Bernardo construyó y que fue el eje de la industrialización de la zona por él iniciada. Pero sobre todo, repito, yo he sentido en mi propia carne cómo aquella maquinita de nuestra imaginación infantil, la *Cervantes*, y aquella otra su hermana, la *Cisneros*, se fatigaban en noble emulación por empujar hacia afuera los productos de la tierra revalorizándolos, y por traer hasta este rincón, más y más maquinarias más y más fertilizantes, más y más vitalidad. Yo las he visto irse desgastando en esa tarea, irse desintegrando, morir.

¡Ahí es nada! *Cervantes* y *Cisneros* –hechos pequeños heroísmos de la técnica–, dando su vida en aras de una mínima comarca que gracias a su sacrificio es hoy, querido Bernardo, próspera y floreciente.

Vega Magaz, la Cepeda. Su gran potencialidad espiritual y económica era, por aquellos días como el arpa olvidada de Gustavo Adolfo que esperaba una mano que supiera pulsarla. Esa mano en el campo especulativo se llama Ángel González Álvarez, en la poesía Eugenio de Nora, en el arte plástico Machado de Zacos, en el complejo económico Bernardo García González, cuya semblanza queremos dejar estereotipada ahí en ese su momento de Vega Magaz a punto de dar el salto hacia su momento de Astorga, hacia su momento de León, hacia su momento actual de España entera.

Semblanza con el fondo circulante de aquellas maquinitas que se llamaban *Cervantes* y *Cisneros*. Porque este profesor de energía tiene, entre otras estas dos señeras virtudes: la de su amor a la tierra nativa y la de su afán por servir a la exaltación y difusión de sus valores morales.

Si la primera para todos es evidente con la instalación de sus más potentes fábricas en su tierra natal aun a trueque de renunciar a superiores beneficios que su instalación en otros lugares le hubieran deparado, en cuanto a la segunda testigos también somos todos, y el cronista que os habla de mayor excepción, de

cómo Bernardo García no sólo ha sido el avalador, el financiador económico de múltiples actividades meramente culturales y sin posible interés crematístico, sino el eficientísimo colaborador de las mismas entregando a ellas su tiempo, su dinamismo y su entusiasmo, como están para pregonarlo la emisora de Astorga, llenando un vacío cultural en nuestras desamparadas comarcas, y la Sociedad Penarfasa (Pensamiento, Arte, Familia), preparándose para una tarea en el orden de la prensa y de la edición de libros que ha de ser decisiva para la conservación, conocimiento y difusión de nuestra diocesana cultura, y ahí está el reciente proyecto, ya en marcha, de transformar en Museo Jacobeo –Museo de los Tres Caminos– el Palacio Episcopal de Astorga, en el que su ejemplar colaboración está resolviendo dificultades y solucionando problemas.

Amor a la tierra nativa; afán, mejor diríamos obsesión, por la difusión de sus valores morales.



Directivos de la Casa de León en 1961 en el homenaje en Madrid a la representante del Centro Región Leonesa de Argentina. (León, revista de la Asociación C. R. Leonesa, 1961)

¿Pero qué hemos de deciros a vosotros los hombres de la Casa de León, entidad cuyas dos finalidades son exactamente esas, mantener vivo el amor a la tierra y difundir y enriquecer el signo de la cultura? ¿Qué he de deciros que no sepáis de todo lo que en este orden de cosas debemos a Bernardo y que hoy ha quedado expresado en la elocuente palabra de nuestro Presidente y en la lapidaria dedicatoria de la placa que él en nombre de la Casa le ha entregado?

Presidente Honorario de la Casa de León, desde hoy Bernardo García González, yo como modesto cronista tomo nota fiel del suceso, e incorporando a la noticia mi pequeña crónica quiero rubricarla con un apotema que a la manera de como hacían, para ejemplaridad moralizadora, los cronistas de la Corte, entiendo que no va mal como estrambote de la inscripción de la placa entregada un apotema ya tópico pero que encierra una gran verdad: Nobleza obliga.